

APUNTES PARA UNA ETNOGRAFÍA DE LA CALLE

Martha Cecilia Cedeño Pérez

Universidad Antonio Nariño

Universidad Pedagógica Nacional

martha.cedeno@uan.edu.co; lunera2107@gmail.com

RESUMEN

La comunicación que aquí se presenta da cuenta de algunas estrategias metodológicas utilizadas en la investigación “Mujer y ciudad: representaciones y vivencia del espacio público urbano en Bogotá (Colombia) y Saltillo (México)”¹, llevada a cabo en la Facultad de Arte de la Universidad Antonio Nariño, Bogotá, Colombia; intentos que partieron del hecho de que la aproximación a la vida urbana requiere de unas técnicas específicas que permitan dar cuenta de su configuración inestable, cruzada inexorablemente por la porosidad e incertidumbre. Y ello hizo necesario el uso de una intensa etnografía urbana combinada o, más bien, reforzada con otros mecanismos como las derivas urbanas, las cartografías de miedo y el convite que, en este caso, configuraron una actividad general denominada “Talleres de sensibilización urbana”. La etnografía urbana se entiende como una estrategia metodológica imprescindible a la hora de abordar los complejos escenarios ciudadanos que en el caso de la investigación mencionada arriba se concretaron en calles y parques de sectores específicos de Bogotá; espacios que reflejan a su vez su fragmentación y desigualdad. Todo esto en consonancia con el objetivo general de la investigación que fue determinar las representaciones y las prácticas cotidianas que llevan a cabo las mujeres en esas comarcas. Desde esa perspectiva la etnografía urbana se tomó como un mecanismo de aproximación cuya base principal es una observación naturalista (Delgado, 2003) que busca *estar* en el mismo lugar en que surgen y se agitan esas formas de vida que continuamente se están des-bordando. En ese caso quien observa se convierte en parte y

¹ A nivel general esta investigación fue dirigida por quien esto escribe y contó con la participación de las investigadoras Mag. Daniela Ruiz Hidalgo, Mag. Nathalia López Zambrano y Dr. Elquin Puentes, de la Facultad de Artes de la Universidad Antonio Nariño (UAN); y en Saltillo, México, fue coordinada por la Dra. Gabriela de la Peña Astorga, profesora de la Universidad Autónoma de Coahuila (UAdeC)

testigo de todo al mismo tiempo, tal como lo enseñara Petonnet (1982) en su controvertido artículo sobre la observación flotante. En lo que atañe al trabajo de investigación antes mencionado hay que sumar otro elemento: tanto el foco de observación como quienes desarrollaron dicha acción, eran mujeres. Y ello imprimió algunos matices importantes cruzados indefectiblemente por la sensación de vulnerabilidad que las investigadoras experimentaron en según qué lugares y por condicionamientos relacionados con las franjas horarias, el nivel de ocupación, la situación, el contexto y las sensaciones de seguridad –o no- en y del espacio público abordado. Y todo eso fue registrado en los diarios de campo. Se hizo lo enunciado por Malinowski (1986), sí; pero se fue más allá: las investigadoras también registraron sus emociones, sus percepciones, sus miedos; se observaron desde la cercanía y también desde el distanciamiento brechtiano para ser otras y las mismas, al tiempo.

Pero no sólo se acudió a esa observación participante sino que en algunas ocasiones - como sucedió con la aproximación a un tramo de la Carrera Séptima, una de las calles más emblemáticas de Bogotá-, fue necesario realizar aquella del tipo no obstrusivo (Web et al, 1999), que permitió advertir esa vida social urbana desde la distancia suficiente para ver los puntos de interés sin hacer parte de ellos en ningún momento. En ese caso se optó por desempeñar el rol de vyeristas consumadas desde alguna cafetería situada a la vera de la calle o desde la tercera planta de uno de los edificios de la universidad Antonio Nariño. Este acercamiento de lejos –valga la paradoja- permitió percibir movimientos generales, flujos peatonales, recorridos de unidades vehiculares; y, sobre todo, apreciar los movimientos sociales sin intervenir en ellos y sin ser parte del paisaje observado.

Sin embargo, el grupo investigador fue consciente de que era necesario utilizar otras estrategias metodológicas que permitiesen contrastar los datos obtenidos mediante la observación en algunos lugares específicos como los barrios Restrepo, El Bosque, Alto Mirador y Las Cruces, situados en distintos puntos de la ciudad pero con una connotación especial: corresponden a zonas periféricas y con altos grados de exclusión que en su mayoría fueron el resultado de proceso de construcción informal con todo lo que ello implica en términos de cualificaciones. Y de esa inquietud partió la elaboración de una serie de talleres que permitiese no sólo obtener información sobre la percepción de las mujeres sobre algunos espacios públicos de dichos barrios sino también triangular los datos recolectados en las largas e intensas jornadas de observación.

Esos ejercicios se englobaron bajo el título “Talleres de sensibilización urbana” estructurados en tres actividades diferentes: “Las derivas urbanas”, “Las cartografías del miedo” y “El convite”. Todas ellas tuvieron un propósito común: explorar la realidad urbana a través de los sentidos, acercarse a las percepciones que tiene un grupo de personas sobre los lugares que recorre cada día; sobre sus visiones, sus aromas, sus esquinas, sus texturas. Los grupos con los que se trabajó fueron mixtos lo cual permitió tener una mirada más completa sobre esos espacios públicos cotidianos con sus más y sus menos.

En el caso de Saltillo, también se utilizó la observación in situ como una de las técnicas paradigmáticas de la etnografía urbana, concretada en un trabajo de campo efectuado en el parque La alameda de Zaragoza. Además de ello, se realizó un sondeo de manera azarosa a un grupo de hombres y mujeres para conocer sus percepciones y la manera como utilizan dicho espacio público.

Las estrategias metodológicas enunciadas hasta aquí hicieron posible acercarse a las aristas de esa vida urbana en la que confluyen formas, movimientos y estímulos de toda laya, que dificultan su abordaje desde las técnicas tradicionales o bajo sólo una de ellas. Por eso fue necesario el uso de una intensa etnografía que combinada con mecanismos como las derivas y las cartografías facilitasen aprehender, en parte, la complejidad de esa vida urbana que se despliega de manera casi apoteósica en las calles de las grandes urbes contemporáneas. Y la comunicación que aquí se plantea, pretende dar cuenta de ello.

Introducción

¿Cómo perciben las mujeres algunos espacios públicos de Bogotá y Saltillo, México?
¿Cómo los viven, los usan, los practican? ¿Qué barreras y fronteras existen en la práctica cotidiana de dichos espacios? ¿Usan las mujeres el espacio público de manera distinta a los hombres? Estas fueron algunas de las preguntas que se realizaron a la hora de comenzar la andadura de una investigación cuyo propósito fundamental fue acercarse a esas relaciones ciertamente complejas y plenas de tensión que se evidencia entre las féminas y las comarcas públicas urbanas. Para cumplir con este cometido, en el caso de Bogotá, se eligieron cinco zonas de estudio bien delimitadas que permitiese dar cuenta

de su fragmentación y desigualdad urbana, de esa desestructuración que también está en el imaginario de la gente en donde existe una ciudad del norte y otra del sur; una metrópolis de avenidas amplias y cuidadas, de conjuntos residenciales asépticos y seguros habitados por gente guapa y chic, de espacios verdes que oxigenan y embellecen las texturas urbanas; y otra conformada a partir de la informalidad, de la autogestión de miles de desplazados de guerras intestinas que desde mediados del siglo XX llegaron a la ciudad en masa en búsqueda de mejores condiciones de vida pero que terminaron levantando sus sueños con latas y calles de barro; y que aún siguen arribando a la periferia urbana para plantar cara a la miseria y al olvido. Para el primer caso –la ciudad del norte- los barrios en estudio fueron Parque Los Lagartos (estrato 4²) situado en la localidad de Suba; Barrio Lisboa (estrato 5 y 6) situado en la localidad de Usaquén, una de las que posee mayor segregación en la ciudad. En el segundo caso, se trabajó en el barrio el Bosque, ubicado en la localidad de Usme al suroriente de la ciudad cuya conformación socioeconómica corresponde a una amplia capa humana de los sectores más desfavorecidos; y el barrio Restrepo perteneciente a la localidad Antonio Nariño situado al sur de la ciudad, un lugar de clara estirpe comercial cuya población pertenece a los estratos medios y bajos.

Para mirar esa fragmentación urbana también se abordaron dos sectores concretos situados en el centro de la ciudad que no sólo simbolizan su corazón espacial sino el núcleo del poder nacional: la Plaza de Bolívar y la Carrera Séptima. La primera corresponde a una comarca histórica que ha dado cuenta del devenir del país en donde se encuentran, literalmente, los poderes mayúsculos del Estado (el judicial, el legislativo y el ejecutivo) y también el religioso; y que justo por ese nivel de significación también se convierte en el lugar de la protesta social, en el escenario en el cual se visibilizan los profundos conflictos sociales de la Colombia más profunda. La segunda es una vía paradigmática e histórica de la capital que pasó de ser el “camino de la sal” para convertirse en el sendero expedito de las y los viandantes más dinámico y exitoso que durante los últimos años ha devuelto la ciudad a la gente de a pie –nunca mejor dicho-; es una calle paradigmática llena de vitalidad en todos los sentidos que encierra esa

² En Colombia los estratos son una división socioeconómica en la que se clasifican las viviendas y/o los predios. Así, según el Departamento Administrativo Nacional de Estadística -DANE-, éstos se catalogan en Estrato 1 (bajo-bajo); Estrato 2 (bajo); Estrato 3 (medio-bajo); Estrato 4 (medio); Estrato 5 (medio-alto); y estrato 6 (alto)

mirada de Jacobs (1973) al hablar de que la animación y la diversidad de usos son elementos fundamentales para que un lugar público cualquiera sea exitoso.

En el caso de Saltillo (México) la pregunta específica de investigación fue ¿Cómo es percibido y vivido el espacio público de la Alameda de Zaragoza por las mujeres saltillenses? Y para ello se trabajó en dicho parque, un espacio material y simbólico para la ciudad en el que se concentra su historia, estética y naturaleza; elementos fundamentales a la hora de explorar su carácter urbano que, además, representa un oasis en medio del calor y la aridez y un escenario pleno de vitalidad, de usos y sentidos. Está situado en el Centro Histórico de Saltillo, en el cuadrante sur poniente respecto a las calles Allende y Aldama, y es la comarca de esparcimiento por excelencia para muchas de las familias de dicha ciudad. Es el resultado de la unión de dos jardines en el siglo XIX; pero solo hasta los primeros años del siglo XX se cerró la calle que los separaba y fue nombrado oficialmente Alameda Zaragoza.

Como se puede observar se trataba de abordar la temática de los usos, representaciones y prácticas femeninas en dos ciudades y contextos distintos. Y eso significaba encontrar las estrategias metodológicas más pertinentes para encarar una investigación compleja cuyo propósito fundamental era dar cuenta de una problemática evidente en los espacios públicos urbanos, lugares lábiles por antonomasia y difíciles de estudiar desde las técnicas convencionales. Por ello el grupo investigador, en cabeza de quien esto escribe, se dio a la tarea de trazar un recorrido metodológico estructurado en una intensa etnografía de los espacios públicos urbanos (Delgado, 2003 y 2007; Pellicer Cardona, I., Rojas Arredondo, J. & Vivas i Elias, P., 2013; Cedeño Pérez, 2017). Ello significaba utilizar la observación en todas su variantes para lo cual se esbozaron las franjas horarias y los lugares específicos en los que se llevaría a cabo y las formas en que las investigadoras deberían mimetizarse con el entorno para realizar su trabajo con fluidez y serenidad debido a los altos índices de inseguridad real y latente de algunos de los lugares estudiados. Pero la mera observación no era suficiente, por ello las investigadoras se dieron a la tarea de diseñar y desarrollar unas actividades denominadas grandilocuentemente “Talleres de sensibilización urbana”, que facilitase la recolección de la información partiendo de la mirada y la experiencia de la propia gente, especialmente de las mujeres, habitantes de las zonas abordadas; de esa manera fue posible estructurar los talleres en tres momentos o ejercicios concretos: Derivas urbanas, Cartografías del miedo y El convite, en los cuales participaron aproximadamente 120 personas. Junto con lo anterior y con el ánimo de tener más elementos para la

triangulación de la información, se acudió a la entrevista y a la encuesta. En las páginas que siguen se enuncia la manera como estas estrategias metodológicas fueron utilizadas para recabar información valiosa y pertinente que permitió dibujar la compleja y difícil relación de las mujeres con el espacio público urbano de dos ciudades latinoamericanas.

Observación naturalista de y en el burbujeante espacio público

La metodología utilizada en los escenarios generales en estudio, corresponde a una etnografía urbana en la cual tuvo prelación la observación in situ de los movimientos sociales que emergen en determinadas zonas de los sectores en estudio tales como calles, parques y plazas, con el ánimo de advertir prácticas e interacciones sociales de la población, especialmente de las mujeres. La observación naturalista (Delgado, 2003), en el caso de los escenarios de Bogotá, se llevó a cabo entre agosto y noviembre de 2016 en el barrio Parque Lagartos; y entre febrero y agosto de 2017 en los sectores restantes (Plaza de Bolívar y Carrera Séptima; barrios Restrepo, El bosque y Lisboa). Los puntos de interés recayeron por una parte en la constatación de la estructura formal de los lugares en estudios (diseño, mobiliario, accesos, equipamientos), en la disposición de aquellos elementos que evidencian –o no- su cualificación (limpieza, situación contextual, confort, visibilidad, estética); y por la otra, en el discernimiento de las distintas prácticas que se llevan a cabo allí y que remiten a apropiaciones, transgresiones, negociaciones, des-encuentros, negaciones y que hablan también de interacciones de distinta índole entre personas extrañas, conocidas categoriales (Lofland, 1998) o de vista y conocidas. En todo el proceso de observación el foco recayó especialmente en el hacer de las mujeres sin dejar de lado todo el conjunto social que en dichos lugares hace presencia para re-crear el espacio público. Ello también permitió evidenciar recorridos, huellas, pasos en lugares céntricos y paradigmáticos como la carrera Séptima y la Plaza de Bolívar que se convierten en comarcas móviles cuando quienes los usan son unidades vehiculares que la trashuman fugazmente, que permanecen en ellos el tiempo que dura una mirada, un encuentro o una fotografía; el tiempo de la revuelta, de la fiesta, del jolgorio. No obstante, esos mismos lugares también pueden mutar en territorios netamente mercantilizados no sólo por el comercio informal sino también por el formal. En ese sentido dejan de ser un ámbito en donde lo público y lo urbano constituyen el sumun de apertura, de visibilidades, de movimientos para convertirse en un espacio privatizado cuyo fin

último es la ganancia económica. Y ello cubre las ventas ambulantes, los comercios de comidas que sacan sus carteles a las aceras, y los artistas callejeros que se toman la Carrera Séptima con sus músicas, sus bailes, sus instrumentos, sus cuentos –nunca mejor dicho–.

La observación naturalista significó una inmersión profunda en los lugares en estudio y ello implicó la utilización del espacio ya fuese como viandantes, como usuarias de los bancos, como vyeristas consumadas de la vida que fluye y pasa ante los ojos, como mujeres que se detienen en los detalles de la calle, en esas interacciones que emergen y se disuelven al instante, casi sin tiempo para comprender su naturaleza. Y, por supuesto, como investigadoras y usuarias del espacio público, también se decidió llevar el trabajo a las últimas consecuencias; esto es a trashumar por las calles en solitario algunas veces con el miedo en el cuerpo, sí; pero también con la constatación de que se estaba ocupando el espacio como se antojase; de que se realizaba una práctica transgresora del espacio en el mismo momento que, por ejemplo, las investigadoras se sentaron solas en un banco ocupado por hombres; que se situaron frente a la serie de mesas de ajedrez ocupadas todas ellas por hombres y alguna de ellas pidió jugar una partida “por supuesto, aquí también juegan las mujeres”, dice el hombre. “¿Cuándo? No veo a ninguna ahora”, pregunta la investigadora; “A veces viene una que otra, y juega una partida con nosotros”.

De alguna manera, como mujeres, las investigadoras se apropiaron del espacio público sin temor a las miradas y atenciones indeseadas, a los ladrones, al hecho de encontrarse solas haciendo algo bastante ambiguo (permanecer largo rato en un banco o en una esquina escribiendo en una libreta o haciendo fotos o simplemente observando). Ello significó que tuviesen conciencia de que más allá de su papel de investigadoras primaba su condición de mujeres, de sujetos decididos a ocupar aquellas comarcas públicas de preeminencia claramente masculina para vivir en carne propia la extrañeza y el temor pero también para experimentar la libertad y la sensación de anonimato que las convierte en meros cuerpos o como diría Goffman (1979) en simples unidades vehiculares.

En ese sentido las investigadoras fueron, al tiempo, sujetos y objetos de estudio. Pues a la par en que observaron la vida urbana y sus protagonistas se convirtieron en unas de ellas, se apropiaron del espacio, lo ocuparon con sus cuerpos y sus acciones. Miraron y las miraron. Interactuaron con el hombre del banco que preguntó la hora –se la dieron con cierto temor pues bien podría ser un delincuente–, con el jugador de ajedrez, con el

observador de la estatua humana, con la señora que vende lotería en la esquina o la que vende maíz para las palomas en la plaza de Bolívar-; se enfadaron cuando un espécimen masculino las miró con lujuria o dijo a una de ellas “adiós señora bonita”. Sintieron el temor en los talones cuando la noche las pilló en un parque o una calle y se percataron de que tenían que andar varias manzanas para llegar a la parada de autobús y que debían pasar por un lugar no muy seguro. Sintieron la lluvia en el rostro y corrieron para resguardarse en un alero improvisado. Disfrutaron de una tarde de sol en la plaza de Bolívar iluminada y el Cerro de Monserrate diáfano desde las gradas del Congreso de la República. Sintieron impotencia cuando visitaron algunos barrios de la localidad de Usme y se percataron del grado de miseria en que se encuentran sus pobladores. Vieron una ciudad cruzada por exclusión, la desidia, el abandono, la necesidad. ¡Una ciudad sin espacio público de calidad, sin juegos para niños y niñas, sin vías pavimentadas, sin esperanza! La ciudad de los pobres, de esos parias urbanos a los que refiere Wacquant (2004). Pero también tuvieron la oportunidad de pasar y contemplar ínsulas de comodidad y asepsia, de jardines perfectamente alineados y estéticos, de calles trazadas con mimo, de espacios oxigenados de verde y juegos infantiles y bancos con pájaros y perros felices.

Y todo eso fue registrado en los diarios de campo. Se hizo lo enunciado por Malinowski (1986), sí; pero se fue más allá: anotaron sus emociones, sus percepciones, sus miedos; se observaron desde la cercanía y también desde el distanciamiento brechtiano para ser otras y las mismas, al tiempo. Y jugaron a la omnipotencia para consignar todos y cada uno de los estímulos percibidos para emular a Pétonnet (1982) y pronto se dieron cuenta de que tan solo estaban haciendo observación participante.

Algunas veces optaron por la observación no obstrusiva (Web et al, 1999). Y la hicieron desde un tercer piso con vistas a la Carrera Séptima. Desde allí se fijaron en los movimientos grandes, en las huellas de los pasos generales que dejaron las y los transeúntes por ese tramo –carrera 7 entre calles 15 y 17. Fue su propia *Ventana indiscreta*, que puso al descubierto no un crimen sino la agitación de la vida urbana en un trozo de una paradigmática calle bogotana. Hicieron fotografías y vídeos que fueron el insumo para elaborar trazados de los recorridos, esquemas de ocupación en las esquinas y conteos de unidades vehiculares. Se interesaron en los flujos sin intervenir en ellos para dar cuenta de los tránsitos y las esperas en determinadas franjas horarias. En ese sentido no interfirieron en la fluidez de la vida urbana vista desde arriba –nunca mejor dicho- ni cometieron ninguna falta ética pues sólo se interesaron en los

movimientos generales de los cuerpos que cruzaron la calle o que se aglomeraron un instante para disfrutar la función de un artista callejero o que se reunieron en la esquina para esperar a alguien. No se fijaron en las personas sino en los bultos en movimiento, en las apariencias. No interesaron los rostros de los/las transeúntes -si acaso su categoría primera: hombre, mujer- sino sus pasos. La estela de movimiento que dejaron sus piernas. Y más allá, también interesaron sus voces convertidas en una sola: murmullo humano que da cuenta de los sonidos de la ciudad. ¿A que suena la carrera Séptima? A gente que pasa...

En lo que atañe a Saltillo se realizó una semana de observación participante en la Alameda, para lo cual se dividió en 4 zonas de trabajo que estuvo a cargo de varias personas del grupo de investigación. Esta actividad se realizó del lunes 16 de junio al domingo 2 de julio de 2017, en horario de ocho de la mañana a dos de la tarde; solo una de las jornadas de observación se realizó durante la noche. El registro fue llevado a cabo por nueve personas observadoras bajo condiciones climáticas que rondaron contrastantemente entre días nublados y soleados; así como entre temperaturas templadas y de calor intenso. Esta estrategia metodológica permitió contar con un panorama general del tipo de usuario y usuaria; de las formas de uso y apropiación; de la clase recorridos e interacciones que se originan y visibilizan allí. Al tiempo que fue posible fijarse en aquellos factores climatológicos, arquitectónicos y simbólicos que parecen condicionar de alguna manera esas prácticas y formas de hacer en dicha comarca.

La experiencia de la calle: talleres de sensibilización urbana

Pero la observación naturalista en todas sus acepciones no es una estrategia metodológica suficiente para explorar otros aspectos de la vida urbana, sobre todo lo relacionado con las formas en que las personas perciben la ciudad. Por ello durante el proceso de investigación fue necesario recurrir a otras estrategias, también dentro del ámbito de la etnografía, que se cobijaron bajo el ostentoso título de “Talleres de sensibilización urbana”. Para ello se trabajó con tres grupos integrados por hombres y mujeres en tres zonas distintas de la ciudad (Barrios Restrepo, Las Cruces, Alto Mirador y el Bosque) con una característica común: en todos estos barrios han tenido lugar –y tienen- procesos de urbanización informal con lo que ello ha implicado en términos de construcción de viviendas y de espacios destinados al disfrute de la población, habitados

por personas con algún grado de exclusión que han vivido experiencias fuertes de violencia y desplazamiento. Son sectores precarizados y algunos de ellos en un importante grado de exclusión y abandono por parte del Estado.

Los talleres de sensibilización urbana se estructuraron en tres actividades diferentes: “Las derivas urbanas”, “Las cartografías del miedo” y “El convite”. Todas ellas tuvieron un propósito común: explorar la realidad urbana a través de los sentidos, acercarse a las percepciones que tiene un grupo de personas sobre los lugares que recorre cada día; sobre sus visiones, sus aromas, sus esquinas, sus texturas. Los grupos con los que se trabajó fueron mixtos lo cual permitió tener una mirada más completa sobre esos espacios públicos cotidianos con sus más y sus menos.

Derivas urbanas: la calle sentida

Es, si se quiere, un tipo de observación participante en el que la persona investigadora es también el objeto de conocimiento pues cuenta su experiencia, sus percepciones, la manera como se adentra en los vericuetos de la ciudad para experimentarla a través de los sentidos. Un aspecto que podría diferenciar la deriva y la observación participante en el sentido clásico es que aun cuando en la primera hay un propósito establecido de antemano no hay unos puntos fijos en los cuales debe recaer la mirada, como sí sucede en la segunda; así mientras se transita y se está en movimiento el ojo y los sentidos en general deben estar atentos y alertas para captar todo el cúmulo de estímulos, para capturar la fugacidad del instante no sólo en el registro escrito sino a través de cámaras de fotos y vídeo. Se trata de captar aquello que la urbe va construyendo y narra en el instante que acontece, así “caminar observando y observar caminando” (Pellicer, Rojas Arredondo & Vivas i Elias, 2013, p. 146), constituye una manera de experimentar la ciudad sin condicionantes, solo dejándose absorber por los vaivenes del momento, por los movimientos de los pasos y las esquinas; así, a la par que se recogen datos que permiten acercarse y comprender esa realidad urbana la investigadora se convierte es una suerte de coleccionista de experiencias.

En ese sentido la deriva permite acercarse a lo que ocurre en las ciudades cuya configuración compleja requiere de estrategias que respondan a ese grado de entrelazamiento y superposición de los elementos que la configuran y responde “(...) a un modo de comportamiento experimental ligado a las condiciones de la sociedad urbana; técnica de paso ininterrumpido a través de ambientes diversos. Se usa [...] para

designar la duración de un ejercicio continuo de esta experiencia urbana” (Debord, 1958; en Pellicer, Rojas Arredondo & Vivas i Elias, 2013). Este ejercicio de deambulación tiene su origen en una práctica del situacionismo -movimiento vanguardista europeo de mediados del siglo XX- que produjo una estética en la cual se pretendió fusionar el arte y la vida, y al tiempo, plantear una profunda crítica al sistema de clases y a los juegos de poder de la sociedad; discernir la manera en que los trayectos y el territorio urbano también configuran la vida afectiva de las personas; y, por último, esbozar una alternativa al urbanismo racionalista y totalitario de mediados del siglo XX (Pellicer, Rojas Arredondo & Vivas i Elias, 2013).

Uno de sus principales representantes fue Debord (1958) que en su texto más paradigmático, trazó las líneas de las derivas urbanas como estrategia contestataria en el sentido de que es una nueva manera de experimentar y vivir la ciudad sin los lazos de las obligaciones cotidianas –laborales, familiares, institucionales- y con una mirada permanente de sorpresa y apertura. Es una forma de adentrarse en los vericuetos ciudadanos sin mapas de ningún tipo ni caminos prefijados para recrear la experiencia urbana desde una perspectiva inédita y fuertemente impugnadora en donde el azar, al contrario de lo que dice este autor, no perfila una acción conservadora por naturaleza ni tiende a “reducir todo a la alternancia de una serie limitada de variantes y a la costumbre” (p. 2) sino que permea y enriquece toda la deriva desde el mismo instante en que se toma una ruta no determinada de antemano y se expone al infinito mundo de probabilidades de la calle. Así que la flexibilidad y la apertura se convierten en elementos fundamentales a la hora de adentrarse en las entrañas de la urbe sabiendo que, en principio, no se tiene idea de lo que en ella se pueda encontrar (Ramírez Hernández, 2005). Eso significa también, que este ejercicio contiene una alta dosis de incertidumbre en el sentido de que nunca se sabrá con certeza de qué situaciones, movimientos y emergencias las derivantes pueden ser testigos y en cuáles de ellas se verán envueltas como protagonistas, personajes secundarios o figurantes, máxime en las grandes ciudades contemporáneas donde cualquier cosa puede suceder. Por tanto en ese ejercicio no se atiende a la causalidad sino a la descripción de situaciones en un eterno presente lo cual sugiere, efectivamente, tal como lo enuncia la mecánica cuántica, que la imprecisión cruce cada una de las aristas de la realidad observada y que nunca se puede describir en términos absolutos.

Al momento de realizar la práctica de las derivas, se tuvieron en cuenta los planteamientos de Pellicer, Rojas Arredondo & Vivas i Elias (2013) en lo que respecta

a la preparación de dicha estrategia metodológica para que se convierta en una técnica de investigación social cuya pretensión no es captar la generalidad del hecho urbano sino, al contrario, adentrarse las situaciones e interacciones banales, fugaces y ocultas tras el velo de lo obvio. Así que, dicho ejercicio se hizo de forma individual y para ello se explicó a las personas participantes que deberían tener una posición de extrañamiento frente a las calles por las cuales deambularían y que eso implicaba dejar atrás mapas mentales previos para dejarse sorprender por las visiones, las texturas, los aromas y vaivenes de la calle, del acontecer urbano. Y a la par con ello se invitó a fijarse en los elementos y situaciones que aparecieran antes sus ojos desde lo más grandilocuente – una manifestación, por ejemplo- hasta lo más insignificante –un pequeño aviso pegado en un poste del alumbrado con textos como “se arrienda habitación para mujer sola que estudie o trabaje”- pasando por el examen de objetos y pintadas en las paredes, detalles arquitectónicos, ocupantes y usos de la calle, sonidos, olores, sensación de inseguridad, elementos estéticos, etc.

El registro sistemático se realizó a través de medios textuales y audiovisuales, aunque en este último caso debido al alto nivel de inseguridad de alguno de los sectores, se convino en que se usase el teléfono móvil y la cámara de fotos con mucha precaución, por el peligro latente de un robo o atraco. Una vez terminado el ejercicio todas las personas participantes trazaron en un papel el recorrido realizado y los lugares que a su juicio eran los más bonitos, feos, inseguros, sucios, agradables; también anotaron las sensaciones y percepciones experimentadas a lo largo del trayecto. El momento final fue la socialización individual de cada uno de los dibujos de los trayectos realizados y las sensaciones experimentadas a lo largo de los mismos frente a todo el grupo. Los registros textuales y audiovisuales fueron la materia prima para describir las percepciones de las participantes de los sectores urbanos y para evidenciar prácticas y características formales del mismo.

Cartografías del miedo: el temor en las esquinas

Uno de los objetivos principales de esta actividad fue fijar visualmente aquellos territorios del miedo. De todos los miedos que sienten las mujeres al transitar y ocupar algunos espacios públicos urbanos de Bogotá. La intención fue identificar las comarcas abiertas problemáticas para el uso y el disfrute sereno por parte de las mujeres. Y se partió del hecho de que la cartografía social, colectiva o participativa es una técnica

pertinente a la hora de abordar también el estudio de algunos elementos de la vida urbana pues corresponde a una estrategia de la investigación cualitativa en ciencias sociales que cuestiona el lugar técnico y especializado del mapa, y por tanto excluyente; y que en contraposición a la representación tradicional del funcionamiento de los sistemas permite reconocer las relaciones entre los usos y los territorios, la localización de los ‘objetos materiales y observables’, las jerarquías, prácticas, imaginarios, etc. Así, teniendo en cuenta los planteamientos de Paulston y Liebman (1996) citado por de Oliveira Andreotti et. al (2016) la cartografía social usa “el diálogo visual como una manera de comunicar como vemos los cambios sociales que se desarrollan en el mundo a nuestro alrededor”, en esta medida dicha estrategia permite “amplifica las ambivalencias, contradicciones y límites de los conjuntos discursivos comunes (de las poblaciones)” (p. 84).

Una de las bondades de la cartografía social es que en su aplicación se propende por la horizontalidad de los saberes a través del consenso y en pro de la producción de saber colectivo y participativo para que “de esa forma el conocimiento de las comunidades locales se sitúa en un primer plano, haciendo hincapié en la percepción sobre su identidad y su territorio” (Bargas, 2015, p. 475). Ello, junto con los recursos gráficos y la construcción colectiva, permite hablar de una elaboración de narrativas dialógicas, donde cobran protagonismo los saberes adyacentes al conocimiento hegemónico.

En el caso de esta investigación dichas cartografías se elaboraron con grupos mixtos de los barrios Alto Mirador y El Bosque; barrio Restrepo y barrio Las Cruces. Para ello se diseñó un esquema general de la ciudad que sirvió como guía espacial orientativa en el que se trazaron los cerros orientales en color verde y algunos espacios concretos como Monserrate, la Plaza de Bolívar, el Parque Nacional, el Parque Simón Bolívar, el aeropuerto y los portales de Transmilenio (Figura 1). Sobre dicho esquema las participantes identificaron los lugares de miedo y aquellos factores que lo producían. Así, además de situar en el mapa el escenario problemático también establecieron el tipo de peligro que éste contenía. Dicha actividad no solo permitió tener un rico material con los lugares peligrosos para las mujeres sino que fue un excusa para el diálogo cercano entre ellas, para contar experiencias propias y ajenas sobre violencias; para consensuar sobre aquellas zonas de la ciudad que les produce temor, para dibujar una urbe que es poco amable para las mujeres y otros seres vulnerables de la sociedad.

Merece la pena resaltar que en las cartografías del miedo realizadas en el barrio Restrepo, El Bosque y Alto Mirador participaron mujeres y hombres. Ello permitió

llevar a cabo un trabajo conjunto que facilitó el diálogo, la manifestación de experiencias de temor y miedo tanto para las unas como para los otros; la ejercitación de esa memoria urbana en la cual figuran acciones y lugares problemáticos en donde se ha puesto incluso en riesgo la vida. Y más allá la misma dinámica de trabajo sirvió para observar las formas de interacción entre los participantes y para evidenciar el papel de las féminas a la hora de expresar sus ideas y sus experiencias cotidianas ciudadanas. Sin embargo, en el desarrollo de la mencionada actividad en el Barrio Las Cruces solo participaron mujeres, algunas de ellas líderes sociales y con conocimientos y experiencia sobre el tema de género. Estas mujeres empoderadas establecieron unas dinámicas de participación en la realización y socialización de las cartografías en las cuales se pudo apreciar sus experiencias cotidianas en el espacio público de su sector y en el de la ciudad en general, signadas por el temor a ciertos lugares debido a la presencia de maleantes, de suciedad, de individuos liminales –drogadictos, mendigos, “locos”-, y también por su misma configuración física y la poca presencia de personas y actividad.

El convite: vivir el espacio público

La celebración de la palabra. Así se puede describir esta actividad participativa que por una parte permite tomarse –literalmente- un espacio público cualquiera (plaza, parque, calle) para ocuparlo de manera alternativa; y por el otro brinda la posibilidad de tener información sobre una problemática concreta. En todo caso, como técnica de recolección de información concreta se trataría de una estrategia metodológica cercana al grupo focal, que básicamente consiste en ocupar un espacio público y con la excusa de compartir algo de comer se establece una discusión sobre un tema específico. Se parte de una problemática determinada que engloba el objetivo general que se escribe en un cartel visible para que todas las personas la puedan leer; luego se prepara el espacio de la discusión mientras se comparte una comida –en el caso de los lugares populares en los cuales se llevó a cabo esta actividad se preparó “una olla comunitaria” -. La idea es que las participantes escriban en un papel las problemáticas que tienen a la hora de ocupar el espacio público y las posibles soluciones a las mismas; éste se pone en un muro o en algún lugar visible para propiciar una discusión al respecto.

El convite se llevó a cabo en el Barrio Restrepo con 32 estudiantes de psicología con quienes se compartió un desayuno al aire libre en un parque cercano a la universidad; en

el barrio Las Cruces, se hizo una olla comunitaria con las mujeres y hombres del sector, en la cual participaron 35 personas de distintas edades; y en los barrios El Bosque y Mirador la actividad se realizó con 30 personas (mujeres y hombres). El resultado de ello es una descripción diagnóstica de las problemáticas sensibles que tienen las mujeres de dichas zonas para poder ocupar el espacio público con serenidad y confianza. Y, al tiempo, las soluciones que las personas de la comunidad dan a las mismas.

Otras miradas desde la entrevista y la encuesta

Además de las estrategias descritas en las páginas anteriores, se hicieron entrevistas semi-estructuradas a ocho mujeres y un hombre, todas ellas relacionadas con el estudio del hecho urbano desde la academia, la institución y los grupos no gubernamentales. En este caso cinco de personas pertenecen a la academia y han hecho investigación sobre la ciudad y el espacio público (Universidad Nacional de Colombia, Universidad Pedagógica Nacional y Jorge Tadeo Lozano); dos, son activistas sociales por los derechos de las mujeres; y dos trabajan en instituciones gubernamentales (Observatorio de Espacio Público de la Mujer y Secretaría de la Mujer).

A la par con ello se aplicó una encuesta a 173 personas (99 mujeres y 72 hombres y dos personas que se identificaron con género “otro”; 120 fueron respondidas en línea y el resto fue cumplimentada en físico por algunos/as habitantes de los barrios Alto Mirador, El Bosque y Restrepo, al momento de realizar los talleres de sensibilización urbana. En el primer caso se envió el cuestionario de la encuesta a través de email a estudiantes, profesoras, algunas personas del común residentes en distintos sectores de la ciudad. La batería de preguntas contiene cinco secciones fundamentales: la primera se relaciona con la edad, el género, los años de residencia en Bogotá y el lugar actual de residencia actual; la segunda tiene que ver con la existencia o no de espacio público en el sector de residencia y las actividades que se realizan en dichos espacios; la tercera engloba el tema de la seguridad tanto en el barrio en que habita el/la informante como en la ciudad en general; la cuarta se enfoca en saber si la persona informante sale sola de día y/o de noche y a qué lugares va y también se pregunta si los espacios públicos de la ciudad son seguros para las mujeres; y en la quinta y última sección se inquiriere por la importancia del diseño y otros factores formales en la configuración de un espacio público agradable y asequible para todas las personas, por las zonas de la ciudad en general que consideran más inseguras para las mujeres y se cierra con una pregunta

general sobre cómo deberían ser los espacios públicos para que sean seguros para las mujeres.

En lo que respecta a la ciudad de Saltillo, el grupo investigador realizó un sondeo -del 7 al 10 de julio de 2017- a lo largo de las cuatro zonas de la Alameda y en horarios de mañana y tarde a una muestra seleccionada por conveniencia de 127 personas usuarias, compuesta por un 58.7% de mujeres y un 41.3% de hombres en un rango de edad de los 12 a los 90 años. Este sondeo se diseñó para detectar específicamente las variables que los usuarios y usuarias de la Alameda consideraban como elementos favorables para su disfrute y aquellas que obstaculizaban su uso pleno.

Palabras finales

Las distintas estrategias metodológicas utilizadas en la investigación en la cual se sustenta esta comunicación, apuntan por un lado al reconocimiento de una etnografía ligada indefectiblemente al estudio de la calle como quintaesencia y concreción del espacio público urbano; y por el otro, a la necesidad de emplear tientos diversos a la hora de acercarse a dicha comarca. En ese sentido se parte del hecho de que la mera observación no es suficiente cuando se desea conocer los movimientos, las interacciones y vaivenes de esa vida que surge y se visibiliza en los escenarios urbanos. Y ello hace necesario la búsqueda y uso de técnicas que sean tan flexibles como el objeto de estudio; en este caso, la calle y sus recovecos. Lo anterior no presupone que se utilicen mecanismos únicamente del ámbito cualitativo sino otros provenientes del cuantitativo, tal como sucedió en el caso de esta investigación en donde la encuesta se convirtió en un instrumento fundamental a la hora de descubrir esas percepciones de la gente sobre aquellos lugares seguros e inseguros; sobre las sensaciones generales de temor; sobre los peligros latentes y evidentes que se ciernen sobre las mujeres y la población de la ciudad; sobre la manera cómo deben ser planeados y diseñados los espacios públicos para que sean confortables, seguros y democráticos.

Las estrategias enunciadas arriba permitieron acercarse a las siempre inciertas y lábiles comarcas urbanas de dos ciudades y contextos diferentes. En ese recorrido el grupo de investigadoras se dio a la tarea de llevar a cabo, hasta las últimas consecuencias, un trabajo de campo marcado indefectiblemente por el hecho de ser mujeres cuya función no era lo suficientemente clara para el resto de transeúntes. Ellas de alguna manera se convirtieron en seres sospechosos pues estaban realizando tareas ambiguas en un

espacio netamente masculino. Lo anterior implicó una tensión constante agravada por las atenciones indeseadas por parte de los varones y el temor latente a ser víctimas de la delincuencia común. Ese esfuerzo psicológico no fue un óbice para realizar las largas jornadas de observación sino que, al contrario, se convirtió en un motivo más apoderarse de las comarcas urbanas como mujeres y científicas sociales. De algún modo ese ejercicio fue también una acción reivindicativa de ciudadanía, de ese mentado derecho a la ciudad tan menguado en las urbes latinoamericanas en general. Para terminar, el conjunto de estrategias metodológicas esbozadas en esta comunicación reflejan el abordaje del espacio público urbano y la vida que contiene como un objeto singular al cual se debe aproximar a través de técnicas e instrumentos flexibles, pertinentes y remozados, que configuran una etnografía de calle en los complejos y caóticos centros urbanos latinoamericanos.

Referencias bibliográficas

Bargas, J. & Cardoso, L. (2015) Social Cartography and Political Organization among remaining Quilombos Communities from Salvaterra, Marajó, Pará, Brazil. *Boletim do Museu Emilio Goeldi Ciências Humanas*, 10(2), pp. 469-448.

Cedeño Pérez, M.C. (2017) Miradas en movimiento. Elementos para una etnografía de la vida pública urbana. *Anuario de Espacios Urbanos. Historia, Cultura y Diseño*, No. 24 enero-diciembre, pp. 391-412

Debord, G. (1958) *Internacional situacionista, vol. I: La realización del arte*. Madrid: Literatura Gris, 1999. En:

<http://www.ugr.es/~silvia/documentos%20colgados/IDEA/teoria%20de%20la%20deriva.pdf>

Delgado Ruiz, M. (2003) Naturalismo y realismo en la etnografía urbana. Cuestiones metodológicas para una antropología de las calles. *Revista Colombiana de Antropología*, Volumen 39, enero-diciembre, pp. 7-39

Delgado Ruiz, M. (2007) *Sociedades movedizas*. Barcelona: Anagrama

- De Oliveira Andreotti, V.; Stein, S.; Pashby, K.; & Nicolson, M. (2016). Social cartographies as performative devices in research on higher education. *Higher Education Research and Development*, 35(1), pp. 84-99.
- Goffman, E. (1979) *Relaciones en público*. Madrid: Alianza
- Jacobs, J. (1973) *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: península
- Lofland, L.H. (1998) *The Public Realm. Exploring the City's Quintessential Social Territory*. New York: Aldine the Gruyter
- Malinowski, B. (1986). *Los argonautas del Pacífico Occidental I*. Barcelona: Planeta-Agostini
- Pellicer Cardona, I.; Rojas Arredondo, J. & Vivas i Elias, P. (2013). La deriva: una técnica de investigación psicosocial acorde con la ciudad contemporánea. *Boletín de Antropología*. Vol. 27, No. 44, pp. 144-163.
- Pétonnet, C. (1982) "L'observation flottante. L'exemple d'un cimetière parisien". *L'Homme*. XXII/4.
- Ramírez Hernández, M. C. (2005) *La fachada, interfase entre la casa y la ciudad*. Tesis de maestría. México: UAM. En:
<http://zaloamati.azc.uam.mx/handle/11191/2466>
- Wacquant, L. (2004). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial, 2004.
- Web et al. (1999) *Unobtrusive Measures*. Chicago: Rand McNally.